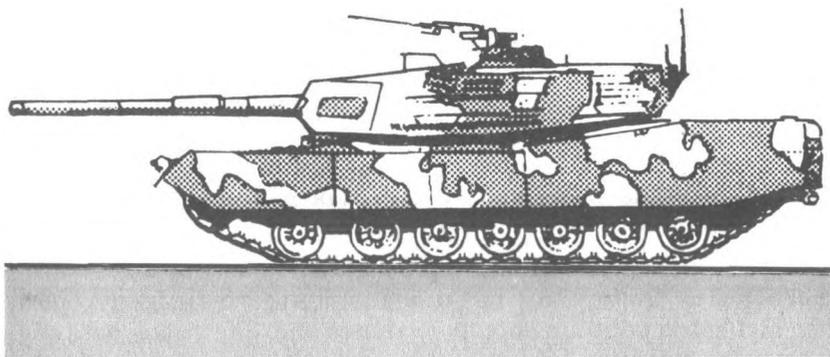


TEMAS HISTORICOS



"EL FRENTE ORIENTAL"

Por: HERNANDO GAITAN LINARES

Al suscribirse en 1919 el Tratado de Versalles para poner término al estado de beligerancia entre Alemania y los países aliados, quedaron firmemente consagradas las causas y razones para una futura conflagración que se denominaría -Segunda Guerra Mundial- en el gran archivo de la historia.

Una vez cerrado el cruento episodio de cuatro (4) años de lucha que implicaron para los beligerantes cerca de nueve (9) millones de vidas, tanto la vencida Alemania como la quebrantada Unión Soviética, se hallaron inevitablemente unidas por una comunidad de infortunios y sacrificios. Las dos, vencidas y mutiladas, pero en condiciones y circunstancias desde luego muy diferentes, debieron, en su forzoso aislamiento apoyarse mutuamente para sobrellevar su común adversidad.

La nueva República Alemana -surgida en Weimar- como secuela de la liquidación del Imperio Germano y la Unión Soviética emergida de una radical revolución que liquidó el régimen de los Zares, víctimas ambas de la derrota -confirmada y sellada en Versalles- por los vencedores de la Primera Guerra Mundial, por fuerza de los hechos hubieron de retornar a su tradicional amistad política, mediante un acuerdo secreto, para lograr así burlar a sus pugnaces adversarios.

El acuerdo preveía que Alemania podría disponer de ciertas zonas del territorio soviético para desarrollar la fabricación de armamentos y equipos tácticos y estratégicos de aire, tierra y mar, así como el ensayo y experimento de los mismos. Preveía igualmente este acuerdo el intercambio de planes y estrategias de guerra a nivel de sus estados mayores. Como es obvio, este convenio implicaba el desarrollo de una política belicista, en condiciones muy similares a la que se mantuvo anteriormente entre las dos familias reales, vinculadas por lazos de consanguinidad. Se perseguía principalmente con ella la política de los grandes estrategas alemanes, de no combatir simultáneamente en dos frentes, como fatalmente ocurrió en el conflicto desatado en 1914. En cuanto a los soviéticos que iniciaban apenas un período de reestructuración en su economía y en sus estructuras militares y sociales era la tregua la mejor alternativa para mantener la guerra fuera de sus fronteras el mayor tiempo posible.

Esta cooperación secreta se logró mantener hasta bien adelantada la Segunda Guerra Mundial, cuando ambas partes juzgaron oportuno divulgarla públicamente -por razones muy diferentes- pero que en esencia favorecían sus mutuos intereses económicos y militares. En realidad, para Alemania nazi sería prenda de garantía que la Unión Soviética permaneciera neutral en el conflicto que aquella ventilaba en el oeste con los ingleses. En cuanto a los soviéticos, era indispensable mientras Stalin dirimía una lucha interna pero de graves proporciones que se venía librando sigilosamente entre el partido comunista y la oficialidad del ejército rojo, sin que hasta entonces trascendiera notoriamente ante los demás países de Europa. Esta pugna era consecuencia directa de la inteligencia militar que venía operando en los altos niveles de la estructura superior de ambos estados desde cuando entró en vigencia el Tratado de Versalles. Sin embargo, para los servicios secretos de las grandes potencias este pacto oculto lo intuían revestido de todas las condiciones atinentes de una formal alianza, hasta el momento en que fue divulgado.

Los hechos se encargarían de demostrar esta suposición. Para Hitler, era tan solo una tregua mientras lograba quebrantar la resistencia que revueltamente le oponían los ingleses, estimulados por el apoyo irrestricto y los suministros bélicos estadounidenses, los franceses libres del General Charles de Gaulle, así como la tradicional dignidad de este pueblo libre y soberano, comprobada en muchas circunstancias por cierto muy adversas.



Trincheras Alemanas . Frente Oriental

Los soviéticos, con sentido oportunista, abrigaban la seguridad de que Hitler los atacaría, pero en ningún caso antes de liquidar a los ingleses, para no ocurrir en el error de luchar en dos frentes, máximo cuando los norteamericanos apoyaban decididamente a aquellos.

Lo que todavía, medio siglo después del segundo conflicto mundial, no se ha logrado dilucidar plenamente, fue la actitud pasiva -casi indiferente- de José Stalin, pese a los numerosos avisos y prevenciones que le aportaron en oportunidad las diversas fuentes de información. Algunos expertos sostienen que el georgiano los atribuyó muy posiblemente a maniobras políticas difundidas por Inglaterra para acelerar el rompimiento entre los dos aliados. Para otros, quizás más enterados, se atribuyó a la incertidumbre del caudillo rojo de que la gran purga realizada por él entre toda la oficialidad de los distintos niveles de mando, habría debilitado la capacidad táctica y estratégica del ejército comunista, según lo habían dado a sospechar las experiencias recogidas en la reciente invasión a Finlandia.

El conflicto entre los aparentes aliados estalló como una bomba de tiempo el 22 de junio de 1941, pocos minutos después de las tres (3). Una masa aplastante de tres (3) millones de hombres endurecidos en fulminantes victorias; 750.000 caballos; 600.000 vehículos; 3.500 carros de combate; 7.184 piezas de artillería y una vanguardia aérea de 1.830 aviones entraron en acción hacia el interior de la Unión Soviética. Divididos en ocho (8) agrupaciones militares iniciaron su avance incontenible de Noruega en el norte y de Rumania en el sur, sobre una longitud de 1.600 kilómetros de extensión: Grupo de Ejército de montaña de Noruega; XXXVI Grupo de Ejércitos hacia el mar Blan-

co; III Cuerpo de Ejército de Finlandia en la misma dirección. Estos 1.600 kilómetros de longitud se desplazaban desde Arkangel sobre el mar Blanco hasta Astrakán en el mar Caspio. Puede así apreciarse que la profundidad del avance comprendería una extensión semejante a la longitud proyectada de norte a sur.

Nunca antes, ni cuando los suecos al mando de Carlos XII de Suecia, los franceses y sus aliados bajo la dirección de Napoleón Bonaparte y los alemanes en la Primera Guerra Mundial, comandados por los Mariscales Hindenburg y Luddendorf, se había desencadenado tan tremenda amenaza sobre el dilatado estado moscovita.

En esta ocasión no fue solamente el poderío militar alemán volcado sobre Rusia, sino que bajo su mando se movilizaron las agrupaciones militares de Finlandia, divisiones italianas, checoslovacas, rumanas, españolas, etc., y también el peso abrumador de toda la capacidad industrial bélica y económica de la Europa conquistada, y algunas otras como Suiza y Suecia, a pesar de su actitud neutral ante el mundo.

Sólo bastaron catorce (14) meses para que esta potente maquinaria arrollara a las desprevenidas huestes soviéticas, que debieron contemplar atónitas el movimiento envolvente que se desplazó sobre una extensión de 1.600 kilómetros, triturando entre sus voraces mandíbulas de acero a millones de soldados que se vieron atrapados en gigantescas operaciones de cerco, hábilmente proyectadas e inexorablemente ejecutadas, con la fría precisión característica que ha demostrado siempre la conducción militar alemana.

Después de éxitos tan fulminantes cabe sin embargo observar, que pese al aplastante triunfo inicial conseguido por los invasores, los puntos claves del dispositivo soviético no fueron ocupados por los alemanes. Moscú, Stalingrado y Leningrado contuvieron el asalto alemán, calle por calle, hasta detener totalmente a los asaltantes. La resistencia soviética no sólo se había ido endureciendo progresivamente a pesar de las derrotas, sino que su producción industrial no se suspendió en los tres grandes reductos de resistencia y a través de las vastas rutas de transporte por donde fluían ininterrumpidamente la activa producción siberiana y los suministros de sus aliados estadounidenses, canadienses y británicos. Los inexpertos comandantes que fueron aplastados literalmente en el período en que se desató la gran ofensiva, fueron reemplazados por conductores que superaron con éxito a los mandos alemanes. El empuje alemán había sido de tal magnitud, que sus blindados y poderosos núcleos de infantería profundizaron su avance hasta alcanzar el Volga y las riberas del mar Caspio, ocupando lugares donde hacía más de dos mil años ningún invasor había puesto el pie.

Este avance en tanta profundidad que había conducido a la Wehrmacht a internarse peligrosamente en la inmensidad moscovita,

alargando la ruta de sus abastecimientos, pesaría abrumadoramente sobre la conducción y decisiones de sus altos mandos. Para los soviéticos constituyó en principio una terrible y amenazadora perspectiva en el curso de las operaciones bélicas. Pero finalmente, tanto los cambios operados en la estrategia como la orientación y asesoría confiadas integralmente al veterano y genial Mariscal, Boris Chapochnikov, el alargue de las líneas alemanas contrarió inevitablemente sus prácticas de "guerra relámpago" para la que estaban preparados sus organismos militares, sus servicios logísticos especialmente y en general, los principios geopolíticos en que se fundamentan la estrategia y la táctica en todos los conflictos, en todas las épocas y en todas las zonas de guerra.

A estas causas debe atribuirse en gran parte el curso desfavorable de esta conflagración para la Alemania nazi. Nuevamente la contienda en dos frentes debía gravitar fatalmente sobre el desenlace de los acontecimientos, y que cabría atribuir quizás a la obstinación de Hitler frente a las orientaciones de sus expertos mandos.

Fue tan decisiva la capacidad de resistencia de la Unión Soviética -tanto material como moral- que en 1945, pese a que sus bajas definitivas para entonces -según su propia confesión- ascendieron a 20'850.000 y las de heridos a 20'000.000, mantuvo inalterable la continuación de su política frente al futuro peligro de una Alemania reconstruida y a la ingerencia de las grandes potencias en la reestructuración de la Europa de posguerra. Así mismo, pudo apreciarse que al finalizar el conflicto, la notable ventaja inicial en cuanto a capacidad bélica de producción y preparación militar estaba ampliamente superada. Para ello contribuyeron poderosamente, el traslado hacia el este de sus industrias de guerra y de implementos técnicos esenciales; la producción ininterrumpida de sus fábricas en el propio frente de batalla y el flujo de abastecimientos estadounidenses en cuantía aproximada de diez mil millones de dólares, deducidas las bajas causadas por los submarinos alemanes a los convoyes de abastecimiento.

Para estimar la intensidad del tremendo conflicto, conviene destacar que la producción soviética en algunos materiales de guerra, de 1940 a 1945, ascendió a cifras realmente impresionantes: 106.000 aviones de todos los tipos; 128.500 carros; 950.000 camiones, y armas de precisión admirables, en concepto de los alemanes. Estas cifras no incluyen desde luego los elementos provenientes de sus aliados occidentales.

A medida que se lograron profundizar los análisis y apreciaciones hechos sobre los frentes que cubrió la "Operación Barba Roja", se fueron precisando con mayor certeza los conceptos que emitieron los expertos militares, tanto occidentales como soviéticos. Casi todos ellos coinciden en atribuir el fracaso alemán a dos aspectos de trascendental importancia, el estratégico y el político. El primero, un error capital de la Wehrmacht en su tentativa de desencadenar en el otoño de

1941 dos operaciones simultáneas sobre las ciudades de Moscú y Stalingrado, sin disponer del potencial militar adecuado. El segundo, el no haber intentado siquiera el aniquilamiento político de las fuerzas soviéticas suscitando al efecto irredentismos, independencias y liberaciones entre las distintas nacionalidades que poblaban las regiones ocupadas en el territorio moscovita.

Hoy está confirmado plenamente que varias divisiones rusas se rindieron al ejército alemán. Una de estas informaciones, que merece mucha credibilidad por la fuente de origen, es el comentario del Mariscal soviético Constantino Rokossovsky, en su publicación sobre las operaciones que le correspondió presidir. En ella afirma que "Los desfallecimientos eran numerosos", y que 103 divisiones se habían rendido después de asesinar a sus comisarios políticos. En la región de Biolyskok, numerosos regimientos de artillería se habían negado a entrar en línea... la 89 división se había rendido.

Hay algo que desconcierta, no sólo a los observadores y expertos analistas militares, sino a los desprevenidos lectores de los hechos sucedidos en el frente oriental, respecto al destino que corrieron las unidades soviéticas que se rindieron con sus mandos militares y sus armamentos intactos, para alinearse, eso sí bajo sus propias banderas, a las huestes de Hitler. Pues bien. Poco tiempo después cuando les fueron notificadas órdenes superiores a los mandos alemanes, procedieron por medio de los efectivos de la S. S. a desarmar a las unidades rusas y a conducir las a palos a campos de concentración.

Antes de esta actitud ocurre preguntar: ¿por qué semejante actuación en momentos en que era oportuno fomentar un levantamiento contra el régimen comunista, inspirado en anhelos de libertad de algunas regiones como Ucrania, en los países bálticos y en ciertas zonas soviéticas del Asia que aspiraban a constituir sus propios gobiernos bajo las banderas de postulados nacionalistas y segregacionistas, alimentados y estimulados por fundamentos de raza, religión y tradiciones seculares?

Hoy puede afirmarse sin temor a incurrir en falsas o audaces suposiciones, que la actitud de los jefes nazis, fue consecuencia apenas lógica de "una insensatez racista".

Ello se evidencia en el hecho escueto y rotundo, de que Hitler fue influido hasta el fin por el dogma racista, según sus propias declaraciones habladas y escritas, hasta su desaparición en el bunker. El se fue de la escena sin haberles jamás notificado a Estonia y Letonia, cuál sería su futuro nacional. Igual silencio mantuvo con Polonia y Checoslovaquia, siempre amenazadas por un protectorado eterno, lo mismo que Grecia y Yugoslavia. Y qué no decir de los rusos, a quienes había notificado concluyentemente un futuro agrario al servicio de Alemania, que reinaría así sobre un estado campesino al servicio de un pueblo superior. En Rumania, Hungría y Bulgaria, y lo mismo en Francia, Bélgica y Yugoslavia, impuso regímenes totalitarios, pero no les confirió el poder a los fascistas, que allí ya existían. ¿Por qué? Sin po-

nerlo en duda, porque el fascismo sólo debía ser patrimonio del "gran pueblo alemán".

Y para el juicio posterior de los acontecimientos ocurridos en el frente oriental, la mayoría de los analistas militares, historiadores y cronistas de guerra, es unánime la consideración de que la aplicación del dogma racista de los jefes nazis fue el mayor aporte para unificar la conciencia del pueblo ruso, en pro de una resistencia contra los invasores, que debía llegar hasta sus últimas consecuencias. Lo que no hubieran podido lograr los métodos de represión más extremos para evitar desertiones y movimientos de independencia, lo logró plenamente el programa racista ejecutado sin piedad por los alemanes contra todos los pueblos que en su sentir no fueran arios.

La respuesta de Stalin una vez consolidada la victoria constituye una inexorable aplicación de geopolítica. Prusia Oriental y Occidental le fueron amputadas a Alemania en beneficio de rusos y polacos; todos los alemanes o de origen alemán que desde hacía varios siglos moraban en los países eslavos y en las regiones bálticas, fueron expulsados y devueltos a Alemania; su unidad territorial sufrió el más duro golpe con la creación artificial de dos Alemanias; un círculo de países eslavos se estableció sobre todas sus fronteras; la Unión Soviética recuperó todas las regiones que le fueron segregadas en la ofensiva alemana; las grandes potencias colonialistas debieron renunciar a sus posesiones de ultramar, abriéndose campo a la libre autodeterminación de los pueblos; la Unión Soviética fortaleció su régimen estatal y configuró un mundo eurasiático constituido por regiones autónomas, comarcas nacionales, territorios y unidades nacionales, que se extiende a casi todo lo largo del hemisferio, en una extensión de 22'055.000 kilómetros cuadrados, cuya distancia entre su punto geográfico más occidental y el más oriental, es tan grande, que constituye once (11) husos horarios (cada una de las partes de la superficie terrestre imaginada para la definición y la unificación del tiempo legal en el interior de los diversos estados). Así, mientras en Moscú se encienden las luces vespertinas, en Hukotka comienza a alumbrar el día. Bañan sus costas doce (12) mares. Su parte occidental está en Europa y la oriental en Asia y dentro de este dilatado conjunto conviven 177 grupos étnicos que hablan 125 lenguajes y dialectos diferentes. El linaje racial predominante es el de los eslavos que cuentan con 150 millones de habitantes, seguido por los turco-tártaros que ascienden a 60 millones aproximadamente.

BIBLIOGRAFIA

- CARREL, P. (1964). Operación Barba Roja. Barcelona: Argos S. A.
- BORING, C. (1961). La II Guerra. Moscú: Ediciones en lenguas extranjeras.
- CALINOV, C. (1958). Los Mariscales Rojos hablan. Madrid: Estados Artes Gráficas.